



EL VIAJERO EN SU CENTRO

Molina: Guía para una ciudad reconstruida

Francisco Gómez-Porro

El fuego prendió en los desvanes y en la paja y subió una inmensa llamarada roja y amarilla, mientras se oían los chillidos de los ratones abrasados. Alfanhú se acordó de los dos ladrones, y miró a su alrededor. Vio sus sombras, que huían de espaldas al fuego, por otro cerro más alto y pelado, hacia el camino de las parameras de Molina.

Alfanhú. *Rafael Sánchez Ferlosio*

De como el fuego destruyó la ciudad de Molina cuando la francesada y de lo que Alfanhú y su maestro no pudieron ver

Alfanhú vio como las llamas se separaban de la casa y se reagrupaban en el camino de Molina, por donde habían huido los ladrones. El fuego corría sin arder; se detenía sobre las sabinas sin quemarlas y pasaba por los pinares dejando una estela luminosa. Cada llama se recogía sobre sí misma y salía despedida hasta un nuevo punto donde se unía al resto. Era un fuego loco y dulce, que luchaba con el aire de la paramera. En el camino, se encontró con un soldado que tiritaba de frío delante de una hoguera. A su espalda había un caballo muerto. El fuego sintió ternura por la soledad de aquellos dos cadáveres y amainó la fuerza de sus llamas. “¿Puedo ayudarte?” preguntó, solícito, al soldado. El soldado frunció los labios en dirección a las cenizas y con voz engolada que disfrazaba su pesadumbre, dijo: “Sí que puedes. Aviva la llama de esta hoguera”.

El fuego se recogió sobre sí mismo hasta quedar convertido en una pelota

ardiente, y preguntó: “¿Acaso no tienes suficiente para calentarte?”

El soldado contó al fuego los trabajos y sufrimientos que le habían ocasionado los habitantes del pueblo con sus negativas a acatar la autoridad de su general. Ahora sentía deseos de vengarse antes de abandonar aquella tierra. “Quiero quemar ese pueblo que ves allí arriba”, dijo, y señaló las murallas lejanas de un castillo.

Conmovido y ansioso ante la expectativa de una nueva batalla con el aire, el fuego penetró en el cuerpo inánime del caballo, y éste comenzó a galopar batiendo sus crenchas ardientes sobre los secanos.

Era un diez de noviembre de 1810. Por orden de Napoleón, el general Roquet, al mando de tres mil hombres, llevó a cabo el saqueo y la destrucción de Molina.

Crónica del aire

El temor al fuego ha convertido a Molina en un palimpsesto. Y al aire en una uña afilada que rasga las veladuras con que sus habitantes revocaron la vieja traza de los edificios a lo largo de decenas de años.

Es la perpetua erosión del aire lo que confiere al páramo esa cálida hostilidad, ese rencor de la nada por apresar los sonidos y convertirlos en una nota vacilante que vibra hasta desgarrarse o se percibe como un rumor amigo de acompañamiento constante durante el viaje.

El aire es el verdadero habitante de la paramera, y el fuego la pesadilla latente en el alma colectiva de sus gentes. Cuando viajéis a Molina y al Alto

Tajo, debéis tenerlo presente tanto en lo que hagáis como en lo que digáis. Fugitivo sediento de un territorio que no puede encontrar en la tierra, el aire tiene una doble función. Por un lado, verifica el proceso de deterioro sufrido por la ciudad a lo largo del tiempo. Por el otro, la eleva, impidiendo que todo eso que se desmorona se acumule en un sedimento insalvable que lastre su voluntad de futuro.

Molina está suspendida como un pájaro de piedra que hubiera perdido su condición mineral para convertirse en una imagen que se disuelve en la solemnidad del vuelo. Es en el aire donde hay que buscar su pasado, en esa eterna migración de la materia que más ávida de ángulos que el cincel de un cantero va desmenuzando las casas solariegas de los arrabales, las iglesias azafranadas, los conventos entumidos, las calles salpicadas de esa desesperada indiferencia con que viven los pueblos de ese ente administrativo que es Castilla-La Mancha cuando su pasado se escamotea en beneficio de otros entendimientos.

Hasta principios de los ochenta a Molina le cupo el falso honor, junto a las Hurdes y Las Alpujarras, de ser una de las zonas más pobres y olvidadas de España. A veces, y en tardes como ésta, cuando los aires marzales son locos furiosos o amantes preñados de caricias inocentes, se desprende el solanar de una casa, en la ribera del Gallo. O se derrumba un tapial de los corralones, en las faldas meridionales del Castillo. O es la cornisa volandera de una ermita o un canecillo que vuela en la Puerta del Chorro, o es un dintel que tiembla

como una paloma antes de sucumbir por la Judería. El aire va creando otra Molina, insegura, taraceada por las tolvaneras. No en vano, los programas económicos destinados a la ciudad y su comarca han dedicado la mayor parte de sus presupuestos a reconstruirla, a salvar rebañaduras de casonas viejas, fragmentos de edificios curiales, toda esa España que está en el aire y sólo se la oye a través del sonido de la piqueta, que la desmorona para ocultarla definitivamente.

En el bar donde suele detenerse la furgoneta que conduce al Alto Tajo, varios hombres charlan en la barra, bajo la mirada bonancible de la huésped. “Yo lo estaba viendo venir porque no podía pegar ojo en toda la noche. A eso de las tres de la madrugada oí como un chasquido, como un hueso o una rama que se rompieran. No quise decirle nada a mi mujer hasta que el aire penetró en la casa. Fue como si todas las puertas y ventanas se abrieran de golpe. Me incorporé en la cama y le grité: ¡Vámonos, vámonos, que se nos viene la pared encima!”.

El hombre hace una pausa y resopla. Luego dirige una mirada atorbellinada al bar vacío. Afuera, Molina se va reduciendo a medida que la falsa luz pálida que presagia la nieve desnuda los botareles de sus palacetes o lustra una teoría de arquillos. Para viajar a Molina y al Alto Tajo, o a cualquiera de nuestros pueblos, hay que hacerlo en invierno o en primavera, cuando la verdadera vida se acompasa con el ritmo del trabajo, cuando florece el álamo negro y el endrino alfombra de luces los cascajes del páramo.

Por si a alguien le cupiera alguna duda sobre la importancia del aire, la ciudad ha cultivado un símbolo: el Giraldo que corona la torre de la románica Iglesia de San Francisco, actualmente convertida en Casa de Cultura. El Giraldo señala el lugar donde la uña zapadora del aire se afana hurgando en el pasado de Molina. Hoy apunta al centro de la ciudad, las antiguas calles de Quemadales o Santa Clara, otras recorren la casa del Moro o la Puerta del



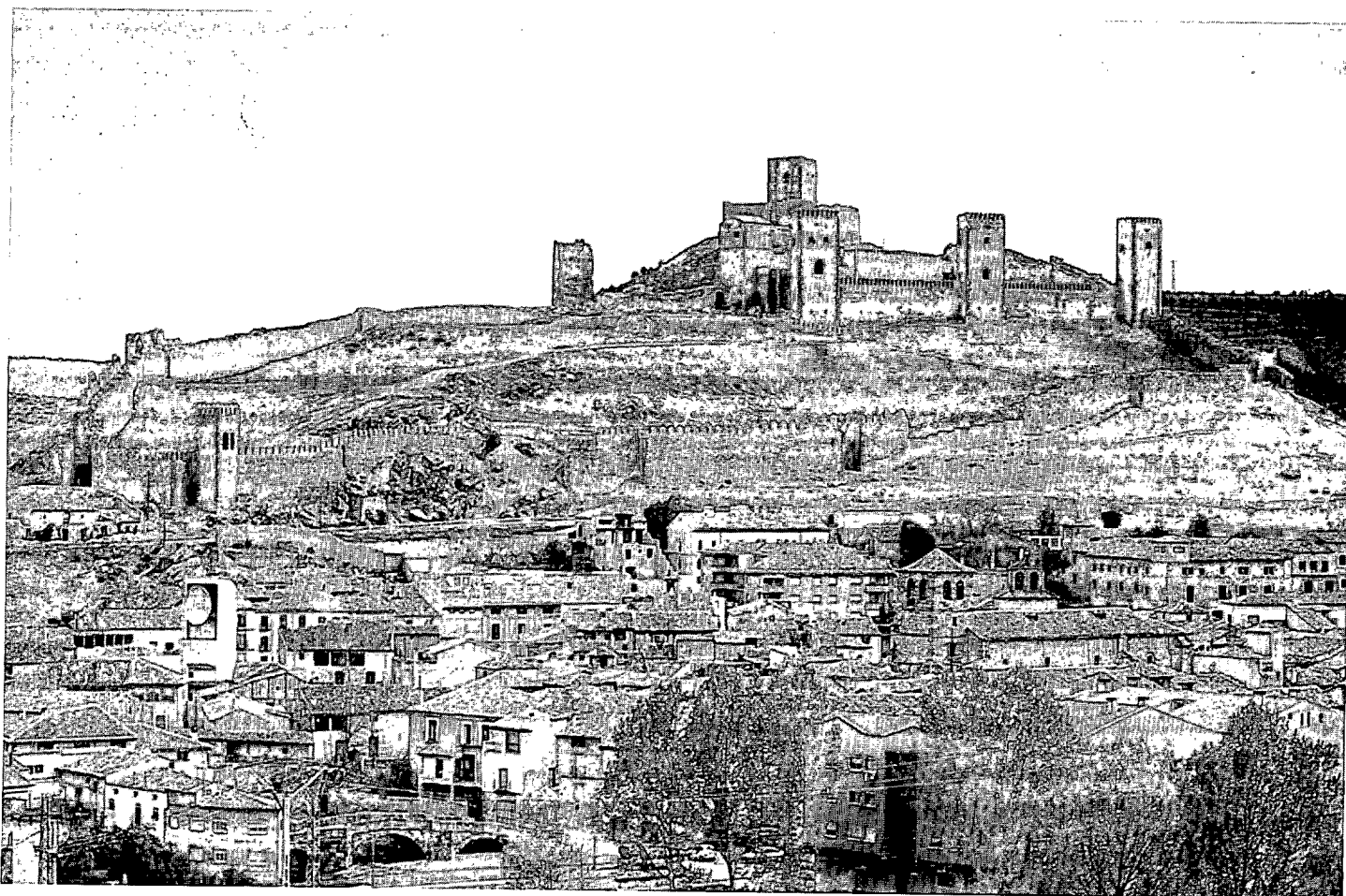
Alvaro Ruiz Villarmil

Baño y el Ayuntamiento, otro día el barrio de la Muerte. Los vecinos de Molina, los más viejos -siempre son los más viejos- están acostumbrados a interrogarlo sin necesidad de mojar su dedo en saliva.

Todos los gallos van a morir al Tajo

El río de Molina es un gallo que se desangra lentamente entre rebollos y sabinares. Nace por la Sierra del Tremedal, por Alustante y Motos. Deja a un lado las Peñas del Diablo y al otro

Sierra Menera. Roza Morenilla y Prados Redondos, Chera y Catilnuevo y discurre por veredillas infranqueables de endrinos y romeros, muelas y tormos. Al llegar a Molina, despierta con suave afonía las casas que dormitan en la ribera. El Puente Viejo, testigo de la repoblación del burgo entre los siglos XII y XIII, ha sido restaurado recientemente. Las piedras carcomidas de sus tres arcos han sido consolidadas o sustituidas y su aspecto en esta tarde invernaliza desde la ventana de la habitación



del Hostal El Giraldo es el decorado perfecto de una fantasía medieval.

La decena de vecinos de Ventosa que cultivan sus huertecillas a pie de ribera saben lo que significa esta soledad agónica que alegran las aguas del Gallo. El Gallo les nutre en su indiferencia histórica. Son viejos que placean al socaire de la puerta cerrada del consistorio y que cada mañana, cuando el sol se empoza por los cerros, atraviesan con desesperante serenidad la plaza, como si fueran a cerrar un negocio.

Durante el invierno, un camión recoge la basura de diecisiete pueblos, 1200 viviendas diseminadas en el páramo, que conforman la Mancomunidad del Río Gallo. Es todo el contacto que tiene con el exterior su población envejecida. El Gallo les salva, allegándoles el rumor de la vida. También los buitres y alimoche que descienden sobre los basureros diseminados por el páramo les transmiten su solitaria complacencia con lo que vive y medra en derredor.

Fábulas de la tierra deshabitada

I

Lucio Martínez es un funcionario en excedencia que asesora a varias empresas comerciales. Su vida transcurre desde el trabajo a su casa. Rara vez sale. Sus vecinos no conocen de él más que el sonido de sus pasos sobre el suelo entarimado mientras espera cada mañana el ascensor. A veces, el señor Martínez desaparece durante varias semanas. Nadie le echa de menos. Nadie pregunta por los motivos de su ausencia. “Soy de Huertapelayo...”, dice a través de la mirilla dorada de la puerta de su apartamento en una céntrica calle madrileña. “Ese pueblo al que se accede por un portillo excavado en la roca y que ahora se encuentra deshabitado. Pero estoy empadronado en Molina”. Le oigo toser y moverse incómodo tratando de verme todo el cuerpo. Doy unos pasos hacia atrás y hablo con claridad, en voz baja, cálida. “¿Qué le une a Molina después de tantos años”, pregunto.

“Poseo la casa de mis padres. Voy a votar allí cuando hay elecciones y en períodos de vacaciones. Todo el año me lo paso soñando con volver. Mi vida en Madrid es transitoria. Tarde o temprano me trasladaré a vivir definitivamente a Molina. Allí están enterrados los míos. No se canse en preguntarme qué hago en qué ocupo mis ratos de esparcimiento. Cuando no trabajo, pienso en Molina... Incluso durmiendo”. Se oye un débil carraspeo. Y añade: “Oiga, ¿cómo ha sabido de dónde era yo?, ¿por qué ha venido a mi casa?...”

II

En Setiles eran seis niños. El viejo Andrés decía que eran como los girasoles de Sierra Menera, entre Teruel y Guadalajara, que se criaban solos, y que un buen día comenzaban a renegrir y luego, malogrados por la incuria, se los encontraba uno como varetas de hierro clavadas en la tierra polvorienta. Los niños de Setiles comenzaron igual. Al principio reflejaban la codicia de un

pueblecillo que se erguía. Pero luego cerraron la escuela, el material fue repartido entre diferentes centros y el maestro despedido. Ahora los niños tienen que viajar hasta Molina.

III

Don Javier vino para una suplencia. Era muy joven entonces. Uno de los principales problemas de Molina es el rechazo de los profesionales médicos para cubrir las plazas vacantes. Pero a don Javier no pareció importarle. Tuvo problemas con ciertos pacientes poco acostumbrados a ser tratados por alguien de tan corta edad. Se preguntaban cómo podría ser médico, pero le veneraban. Después de aquellos meses de verano, volvió dos o tres veces, y los que le vieron dicen que ya para entonces algo había cambiado en su aspecto.

Los que afirman haberlo visto últimamente, aseguran que vive en algún lugar de la comarca. Puede que en Aragoncillo, o Cobeta, o, acaso, en cualquiera de esas aldeas deshabitadas donde toda revelación prodigiosa de la existencia se convierte en una pasión rutinaria a fuerza de hábito. Un día afirman verlo en Molina, paseando por la medinilla que mira al río entre casonas desgarradas como cabras viejas. O sentado en alguna capilla de Santa María La Mayor de San Gil; tal vez, la de San Roque, con su perrillo leprosero. No reza, dicen. Sólo mira las imágenes, con esa mezcla de amor y tenacidad con que solía amonestar a sus pacientes. Dicen que está muy enfermo, que ha perdido mucho. Algunos aseguran que ya ha muerto.

IV

Cuando acabó la guerra, mi padre encontró trabajo en una tejera. Yo iba a llevarle el almuerzo todos los días. Era él único momento de la jornada en que podía verle porque el trabajo era muy intenso y cuando él regresaba a casa por la noche yo ya estaba acostado. Molina era prácticamente una ruina y se necesitaba mucho material para ponerla en pie. Nos sentábamos a comer bajo un árbol. Por lo general, mi padre tenía la

cara y el cuerpo manchados de barro y siempre iba descalzo, con el pantalón arremangado hasta la rodilla y la camisa anudada en el vientre. Destapaba la merendera y me invitaba a comer el chorizo de las gachas. Yo siempre me negaba. Pero él insistía, y a mí aquel chorizo me daba unas voces tan grandes que siempre terminaba aceptando, a pesar de que mi madre me lo tenía prohibido. En la merendera sólo se veía aquel ladrillo de gachas heladas, que podían cortarse de tan densas y frías como estaban. Mi padre extraía el chorizo con la punta de la navaja y me lo ponía entre dos láminas de pan. Es todo lo que recuerdo de entonces: aquel sabor del chorizo y los ojos de mi padre llenos de satisfacción cuando me veía darle el primer mordisco... Ahora no quiero volver por allí. Si me vine a Madrid fue para cambiar de vida y huir de todo aquello. Además, ya es tarde. Si cierro los ojos sólo veo los tejados de Molina, aquellas tejas que mi padre trabajó hasta que el reumatismo acabó con él. Solo sueño caminar un día sobre ellas.

Precaución-obras

El proceso histórico sufrido por Molina no admite dudas. La despoblación de su término sigue aumentando. Ha vivido inmersa en una postergación y una incuria tales que sus gentes han hecho de la rutina un arte de navegar culturas. Si no fuera por el miedo a caer en generalizaciones, diríase que a los molineses no les interesa el pasado más que como vía indirecta para obtener un mayor rendimiento a su presente. Quien venga buscando nacionalismos de vía estrecha se dará de bruces con el estupor indiferente de los molineses. Ante el hecho administrativo de contemplarse extraños entre dos comunidades de las que como toda tierra fronteriza han recibido y reciben signos diferenciados, toman de cada una lo justo para seguir tirando. No os canséis en preguntar si Aragón o Castilla, si churras o merinas. A quienes han hecho del anquilosamiento un aprendizaje, a quienes permanecen exhaustos frente a tanta vieja piedra saqueada, tanta madera carco-

mida, tantos fragmentos irreconocibles de su memoria, sólo les cabe administrar sus carencias con una ejemplaridad digna de ponderación. Y en este sentido, son genuinos castellano-manchegos.

Los 71 pueblos de esta comarca que, según el Estatuto de Autonomía de Castilla-La Mancha, constituyen una "comunidad supramunicipal" saben que esta diferencia es el principio de su renuncia. No existen estudiosos de la vida molinesa "desde dentro", por la misma razón que no existe una tradición a la que echar mano. La tradición es una elaboración cultural. La tradición es como ese dulce llamado pata de vaca o el romance mixtificador de Suárez Puga, en la plaza de Los Tres Palacios.

*Plazuela de Tres Palacios
allá en Molina la brava,
plazuela de la inocencia
donde tres niñas jugaban.*

Hombres sin mujeres: las chovas

"En el verano cambia mucho el tema" dice un chico membrudo, de mirada retraída y orejas inciertas tras el cabello irregularmente cortado sobre la frente, frontispicio en el que por su largueza y condición podría proyectarse una película, como en aquellas pantallas encaladas de los cines de verano, entre macizos de hierbabuena y madre selvas trepadoras. Las dos o tres muchachas que charlaban con él en la barra del pub se han despedido luego de ver la misma película de cada noche en su rostro. El neón recalca la soledad exterior de la noche molinesa. Son las diez. Mi compañero bebe cerveza. Pero su mirada no encuentra ya ese oscuro objeto del deseo que lo trajo desde Pardos aquí. Pide su última copa de cerveza, que bebe más pausadamente que las anteriores, y consulta el reloj. "Son las doce", El tema está jodido...", insiste con craso estoicismo.

El tema es el mismo en todas partes. Hombres solos. Campesinos. Reparten su vida entre las faenas del cereal o del girasol. Contemplan el mundo desde la cabina del tractor. Siguen el ciclo de las estaciones y se acompañan a los vaive-

nes de un mercado que desconocen y no gobiernan. Habitados a desplazarse en la soledad de la paramera hasta cualquier lugar que les proporcione la posibilidad de relacionarse con el sexo opuesto, no esperan que su vida cambie de un día para otro. “Hay que hacer una caravana de mujeres. Estoy seguro que aquí tendría un gran éxito”, dice al salir a la calle.

Al igual que las chovas de pico rojo del Castillo, los jóvenes desperdigados por la comarca permanecen agrupados mientras la necesidad les obliga. Las chovas sobrevuelan las murallas donde tienen sus dormitorios, y desde allí se lanzan bajo el cielo empedrado de deseos de Molina. Un día encuentran a su pareja y se separan del grupo. Las chovas y los hombres hacen lo mismo.

Casas de agosto

Casas a las que la luz despoja del sufrimiento invernal con los primeros matujos de espliego. Casas que despertarán cuando el tomillo madure el olor de los campos y el verano con su caravana sedienta de aire se petrifique al lado de los caminos. Algunas, como esta de Torete, exhiben el número de teléfono (935646209) al que pueden llamar quienes estén interesados en su alquiler.

“¿Y por cuánto puede salir un mes de estancia?”, pregunto al único ser vivo que parece habitar en Torete.

“Cosa de poco”, responde el anciano. “Cincuenta mil pesetas como mucho, ¡qué quiere usted...! Aquí no hay mar, y el río unos años baja bueno y otros menos. De todas formas en el verano hay que dormir arropado con una manta.”

Miro a la fuente. Un perrillo hoza su perímetro sin mucha convicción. Arriba, por la cuesta que sube al cementerio, bajan los húmedos kikiriquís de los gallos. Un mundo que ya no es nuestro despierta, pero la vida, que siempre esta en otra parte, sigue aquí valerosamente dispuesta a encarar cada circunstancia adversa que se le presente.

“¿A dónde leche va ir uno?”, dice el anciano. “Uno ha sido del campo toda su vida.”

Eremitas del secano

¿Os acordáis de ese pobre hombre que Azorín desenterró empapado en el rocío de la España profunda? Ese hombre tuvo una vida insignificante, vulgar, sin hechos memorables. Labraba una huebra y los días de sol se sentaba a tejer un haz de pleita o de tomiza. Luego se moría y su lugar en la plaza o en el pueblo desierto era ocupado por otro. Ahora ni siquiera eso. Solo queda un gran vacío. Un alto porcentaje de estas tierras están llenas de esos pobres hombres a los que no falta qué comer o qué vestir, pero fatalmente condenados a ver como el lugar que dejan no es ocupado por ningún otro. Estos pobres hombres son rémoras de una España donde el pasado hace tiempo que dejó de ser una fábula y los héroes se pudren entre las espigas negras de la breya y el balasto. Han atravesado las horas, los días y los siglos clavados en el mismo perfil. Ese perfil que el aire erosiona hasta darles una pátina de indiferencia, de sordera.

Antes, estos pobres hombres apenas salían de la comarca, excepto para ir a la fiesta de la Virgen del Barranco, en la carretera de Ventosa, uno de los más bellos parajes de la zona. O, por Navidad, a casa de don Pedro Iturbe, otrora fabricante del chocolate *La Cadena*, y hoy ferretero en la calle de las Tiendas. Muy de mañana, a través de la puerta vemos encenderse las luces pajizas del local. Don Pedro Iturbe se mueve tras el mostrador con evidente pericia, sonrío, enseña sus dientes, hace sonar el crótalo de sus buenos días, pos tra el talle, y en escorzo optimista se me ofrece. “Don Pedro”, digo, “usted fue chocolatero”. Y de modo inevitable uno piensa que la ferretería no es más que una enorme caja de bombones, que guarda en sus gavetas el azúcar cande de los martillos, el repulgo meloso que dejan los clavos en el agujero, las cerezas del alambre cuando estrangulan el torso que sostiene un tejado. Cuando llegue la noche, esa noche definitiva, sin copada, trotona, y el chotacabras arrastran los pelillos de los cardos que comienzan a repuntar en las vecinas laderas, la luz de la ferretería de don Pedro Iturbe

se apagará, pero algo como un rumor de rústicas bayaderas, de cortesanía de Plaza Mayor, seguirá moscardeando en su escaparate donde se oferta el imposible chocolate de la nostalgia junto al mazo furibundo del progreso.

Tolvanera

En los días sin respuesta la soledad de mi pecho te convoca, y apareces -embudo solar- para llevártelo todo.

Tolvanera, flor de polvo,
única señal de vida
en los caminos arados
de mi tierra rota.